

Fortificaciones celtibéricas frente a Roma: El *oppidum* de Los Rodiles (Cubillejo de la Sierra, Guadalajara)

Celtiberian Hill Forts facing Roman invasion. The oppidum of Rodiles (Cubillejo de la Sierra, Guadalajara)

M^a Luisa CERDEÑO*, Teresa SAGARDOY*, Marta CHORDÁ**, Emilio GAMO*

* Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense de Madrid.
mluisac@ghis.ucm.es, tsagardoy@yahoo.es, emiliogamo@hotmail.com

** Centro de Estudios Celtibéricos. Mara, Zaragoza. marta_chorda@hotmail.com

Recibido: 15-01-2008

Aceptado: 10-06-2008

RESUMEN

En este artículo se dan a conocer los resultados obtenidos tras los primeros trabajos realizados en el yacimiento, ya que constituyen una documentación importante sobre las últimas etapas de los celtiberos como entidad cultural independiente. En Los Rodiles son especialmente significativas las estructuras defensivas, pero también las dos fases de ocupación hasta ahora identificadas, las primeras fechas radiocarbónicas y los materiales cerámicos. Todo ello sirve para perfilar un buen contexto arqueológico que puede contrastarse con las fuentes escritas greco-latinas relativas a estos territorios y este momento histórico.

PALABRAS CLAVE: *Cultura celtibérica. Fortificaciones. Fuentes escritas. Romanización.*

ABSTRACT

In this paper we discuss the first results of the field work carried out in Los Rodiles hill fort (Guadalajara, Spain). This research has revealed new data about the last period of Celtiberian as an independent cultural entity. The defensive structures, stratigraphic, radiocarbon data and pottery findings are relevant elements which supplement the archaeological record already known about this historic period. All this provides a new context to contrast with the classical historical texts.

KEY WORDS: *Celtiberian Culture. Fortifications. Historical sources. Romanization.*

SUMARIO 1. Introducción. 2. El castro de los Rodiles: ¿un auténtico *oppidum*? 3. El sistema defensivo y la estructura urbana. 4. Los materiales arqueológicos. 5. Estratigrafía y cronología absoluta. 6. La información histórica. 7. El contexto histórico y arqueológico de Los Rodiles.

1. Introducción

Las últimas etapas históricas de los celtíberos se han conocido durante mucho tiempo a partir de las informaciones que sobre ellos dejaron las fuentes escritas clásicas y por los datos aportados por los lingüistas, mientras que la documentación arqueológica contaba con un registro material antiguo y poco sistemático, procedente de las excavaciones que se habían realizado a finales del siglo XIX y principios del XX. Cuando hace ya tres décadas se retomaron con fuerza las investigaciones sobre estos pueblos prerromanos, uno de los principales objetivos era encontrar yacimientos nuevos sobre los que diseñar un buen proyecto de investigación que permitiera obtener información arqueológica relevante que se pudiera comparar con las interpretaciones realizadas sobre los textos escritos.

En el estudio de las sociedades peninsulares que estuvieron en contacto con culturas históricas, se observa que no se conocen demasiados conjuntos arqueológicos autóctonos relevantes, especialmente en la Meseta, y que siempre se han estudiado prioritariamente los materiales importados que servían de referencia sin haberse realizado una buena contrastación entre los hechos históricos conocidos y la realidad material indígena frente a ellos. Existen pocos yacimientos bien excavados y publicados de los siglos III y II a.C., entre otras razones porque su posterior romanización ha borrado las huellas anteriores. Por ello creemos que yacimientos como Los Rodiles constituyen una novedad y ofrecen la oportunidad de conocer con mayor detalle cómo eran las sociedades meseteñas de finales de la Edad del Hierro y cómo reaccionaron ante la presencia romana

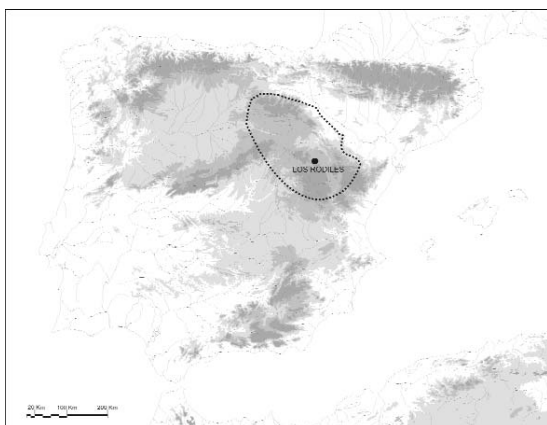


Figura 1.- Situación de Los Rodiles dentro de los límites de la Celtiberia clásica.

que, sin duda, fue un nuevo elemento de distorsión en su territorio.

La elección de este yacimiento no ha sido, por tanto, aleatoria sino que se ha basado en una serie de observaciones precisas, intentando conseguir lo que ya hace tiempo sugería un recordado colega: "...para hacer verdadera la prehistoria, es decir, llegar a un conocimiento científico auténtico, es necesaria la formulación correcta de la teoría y la elección lúcida de los yacimientos [...] para evitar trabajos intuitivos e inútiles" (Martín de Guzmán 1984: 36). Por ello, destacamos los puntos que han motivado la puesta en marcha de este proyecto.

Los Rodiles se ubica en la comarca de Molina de Aragón que fue parte importante de la antigua Celtiberia, siendo exponente de un área básicamente rural, con una población numerosa a lo largo de varios siglos. Dentro de dicha comarca, Cubillejo de la Sierra ocupa una zona estratégica puesto que sirve de contacto entre los territorios meseteños orientales y las zonas del medio Ebro (Fig. 1). Concretamente, es limítrofe a las actuales comarcas aragonesas de Calatayud-Daroca y por el paso entre ambas siempre transitaban influencias culturales al menos desde el Bronce Final, durante la Edad del Hierro y todavía de forma más clara en los momentos de la llegada de los conquistadores.

La ocupación romana de la Península se inició en la costa catalana y la penetración hacia los territorios del interior siguió básicamente el valle del Ebro y sus afluentes principales entre los que destaca el Jalón, que en su cabecera enlaza con el Tajuña y el Henares, constituyendo este eje una importante vía de penetración hacia la Meseta.

El yacimiento se ubica al pie norte de la Sierra de Caldereros, en el borde de una amplia vega de cierta riqueza agrícola, atravesada por pequeños arroyos que aguas arriba conforman el río Piedra, uno de los afluentes más importantes del Jalón por su margen derecha. Es pues evidente su posición de control de una zona productiva y de vías de comunicación significativas.

Otra de las características importantes del lugar es la concentración de varios yacimientos arqueológicos en un área muy restringida. Unos eran conocidos hace tiempo por los restos constructivos visibles y por materiales de superficie hallados durante las tareas agrícolas y algunos autores los habían citado en diversos trabajos. El poblado del Celtibérico Antiguo de la Ermita de la Vega (Valiente y Velasco 1988), el castro de Los Rodiles (Arenas 1993),



Figura 2.- Vista del yacimiento de Los rodiles, desde el Oeste.

la villa romana de La Vega (Arenas 1999) o Trascastillo (Heredia *et al.* 2002) se citan siempre que se habla de Cubillejo de la Sierra, aunque en ninguno de ellos se habían realizado excavaciones arqueológicas sistemáticas. A estos yacimientos hay que añadir una necrópolis visigoda, situada junto a la Ermita y sobre el antiguo poblado celtibérico, descubierta durante nuestras primeras prospecciones.

Por tanto, en un radio de unos 500 m. se conservan restos de un poblado de la I Edad del Hierro, un oppidum de la II Edad del Hierro e inicios de la

época republicana, una villa romana y una necrópolis visigoda, enclaves que sin duda ofrecen la posibilidad de documentar una secuencia cultural amplia desde inicios del primer milenio antes de la era hasta la Antigüedad tardía.

El hecho diferenciador de Los Rodiles, respecto a otros yacimientos de esta época y en esta zona, es su tamaño, sus importantes fortificaciones, su previsible desarrollo urbano y su secuencia estratigráfica, perfilándose como un auténtico lugar central capaz de articular el territorio circundante en los últimos siglos de la cultura celtibérica. A esto hay que añadir el buen estado de conservación de algunas de sus estructuras, especialmente el primer recinto amurallado y los materiales a ellas asociados, elementos todos ellos que facilitan su identificación y análisis (Fig. 2).

La planificación de un estudio a medio-largo plazo se inició en el verano de 2005 durante el que se llevó a cabo una prospección visual intensiva del yacimiento y su entorno inmediato que pareció confirmar su interés arqueológico. Fue en el verano de 2006 cuando se iniciaron los trabajos sistemáticos, realizándose una completa campaña de evaluación que incluyó la realización de fotografía aérea, geo-



Figura 3.- Vista del yacimiento desde el Este que es la parte más accesible. Señalizados los tres recintos amurallados identificados.

rreferenciación del yacimiento¹, primera prospección geofísica y primer sondeo estratigráfico (Figs. 3-4). En 2007 se realizó la primera campaña de intervención programada a lo largo de tres meses y, a partir de toda la información recabada, ha quedado de manifiesto el interés de este lugar como centro de un proyecto de investigación cuyo objetivo es estudiar la evolución del poblamiento celtibérico hasta el momento de su encuentro con Roma.

2. El castro de los Rodiles: ¿un auténtico *oppidum*?

Los Rodiles se ubica en el paraje denominado la “Loma Gorda”, una gran meseta elevada de aproximadamente 1 kilómetro de largo por 320 metros de ancho y un total de 28 Ha de extensión, con una altitud de 1.160 metros s.n.m. y 40 metros respecto a los terrenos llanos circundantes. Por el Oeste la loma termina en dos espolones, en el más alto y grande de los cuales se asienta el yacimiento celtibérico principal que ocupa también las terrazas laterales.

El área total del asentamiento localizado tiene una extensión aproximada de 5 Ha y está rodeado de una muralla visible en muchos puntos del perímetro. Concéntrica a ella y más hacia el interior se identifica un segundo recinto amurallado que engloba unas 2,5 Ha y finalmente se encuentra el último y más llamativo recinto amurallado, con más de 100 m visibles de longitud, que cierra un espacio de aproximadamente 1,5 Ha (Fig. 3).

La morfología del emplazamiento (dominando una zona colindante eminentemente agrícola, unido a las comunicaciones naturales y cercanía al valle del Ebro a través del Jalón), el tamaño de los recintos, el imponente sistema defensivo (paramento ciclópeo con torre circular, antemural y varios recintos periféricos), el estudio del material arqueológico (marcado indigenismo de las formas y decoraciones cerámicas que remiten al mundo previo a la romanización) y las fechas radiocarbónicas obtenidas constituyen, todos ellos, elementos que permiten definirlo como un *oppidum*, sobre todo si lo comparamos tanto con el anterior, como con el contemporáneo poblamiento de la comarca.

Es cierto que si nos fijamos en las características de los *oppida* descritos en otras regiones, por ejemplo del mundo ibérico o del propio valle del Ebro, Los Rodiles difiere sobre todo en tamaño, pero la categoría de un asentamiento no sólo puede medirse

por sus dimensiones absolutas sino también en relación con los demás hábitats del entorno que le circundan y en el papel que jugó respecto a ellos. Recordemos que Livio habla de 150 *oppida* celtibéricos que se sometieron a Graco y ese número indica que no podía referirse sólo a ciudades (Burillo 2006: 36). La tradición historiográfica tiende a considerar que los *oppida* eran los lugares de más categoría en su entorno, pero sin llegar todavía a ser una auténtica ciudad, como se observa en algunos estudios regionales (Ruíz 1987: 13 y ss). En el caso meseteño las diferencias entre estos dos tipos de asentamientos aún serían mayores, puesto que se trataba de un ámbito fundamentalmente rural a donde sólo llegarían los reflejos de territorios más dinámicos.

Igualmente, muchos *oppida* tuvieron ceca a partir del siglo II a.C. y ello debió contribuir a su mayor desarrollo político y social (Domínguez Arranz 2005: 387); en Los Rodiles no hemos encontrado hasta el momento ninguna moneda legible, dado su mal estado de conservación, por lo que no podemos afirmar categóricamente con que centro emisor estaría más vinculado o si llegó a emitir de forma autónoma.

Los Rodiles pudo haber sido un centro rector o ciudad de segundo orden según la denominación que han dado algunos autores a los enclaves mayores de 1 Ha de la zona del Alto Jalón-Alto Tajo, que debían depender de Bílbilis o de Segeda (Caballero 2003: 91) y donde los ríos de la zona podían delimitar pequeñas comarcas naturales que funcionarían como unidades cerradas que alcanzaron cierta autonomía, siendo un ejemplo de ello la depresión de Tortuera-La Yunta (Caballero 2003: 100), donde precisamente se ubica Los Rodiles.

Partimos de que todas las definiciones de los hábitats indígenas se han realizado con los términos usados por los conquistadores (*civitas*, *oppidum*, *castellum*, etc.) aunque seguramente no en todas las regiones respondían a los mismos parámetros. El término *oppidum* suele reservarse para los lugares fortificados que sobrepasan las 5 Ha y que en la zona del nordeste peninsular no suelen sobrepasar las 10 Ha (Burillo 1997: 211, 2006: 69). Incluso en el mundo de los *oppida* galos, exponentes de la evolución urbana de los últimos celtas occidentales, existen enclaves pequeños de entre 4-10 Ha, aparte de los grandes centros que podían alcanzar las 200 Ha (Krausz 2007; Fichtl 2000).

En la comarca de Molina ya hemos comentado que hay muy pocos yacimientos de esta época ex-

cavados y publicados, aunque algunas prospecciones permiten intuir un poblamiento abundante con algunos núcleos más grandes de los que dependerían otros asentamientos menores, algunos de ellos con funcionalidad específica tipo atalayas, alfares, granjas, etc., que mantendrían con ellos relación de visibilidad (Arenas 1999: 219). Puede pensarse que la población de los pequeños castros tendió a concentrarse en estos lugares centrales y la existencia de hasta tres recintos yuxtapuestos en Los Rodiles bien podría relacionarse con un proceso de concentración poblacional que continuaría en las primeras etapas de la romanización. Un caso más cercano al nuestro podría ser el de El Castillejo en Anquela del Pedregal que, aunque solamente es conocido por prospección, muestra dos recintos amurallados yuxtapuestos e hileras de piedras de grandes dimensiones, además de materiales cerámicos que apuntan a una ocupación indígena que perduró hasta la romanización (García Huerta 1989: 17). Casos similares se detectan también en el Cerro de El Viso de Alcalá de Henares donde se observa el paralelo abandono de pequeños asentamientos indígenas del entorno y la consolidación del *oppidum* en época romana republicana (Polo 1995-96: 40).

Las fuentes clásicas hablan de procesos de sinecismo (Ortega 1999: 444) como en los casos de Segeda (*Iberia* de Apiano, 44) o de Complega (Diodoro, XXIX, 28) y por ello se ha sugerido que la construcción de nuevos recintos amurallados, yuxtapuestos a los ya existentes, sería una respuesta ante la necesidad de acoger nuevos contingentes de población en el seno de los *oppida*, tal como se cree que ocurrió en Fosas de Bayona (Cuenca), identificada como *Contrebia Karbica* y pensando en el significado del topónimo Contrebia como “reunión de viviendas” (Ortega 1999: 442).

En la Celtiberia aragonesa y en el Alto Duero se constata desde fines del siglo III a.C. la aparición de *oppida* que actuaban como centros organizativos y políticos de su territorio circundante, observándose procesos de jerarquización entre ellos e incluso de control efectivo como narran algunas fuentes clásicas (González Román 1999: 133; Jimeno 2005: 119). Algunos autores creen que la urbanización de Celtiberia corrió paralela al surgimiento de una élite que los romanos definieron como *nobiles* y príncipes de carácter militar, pero que tendría como principal base de sus privilegios el control del territorio y de sus recursos agrícolas y ganaderos (González Román 1999: 134). Sin embargo otros autores de-

fienden la aparición de ciudades celtibéricas en el siglo IV a.C. y por tanto el inicio de un proceso auténticamente urbano indígena, anterior a la influencia de Roma (especialmente Burillo 1997: 220).

No estamos seguras de que en fechas tan tempranas se produjera un auténtico proceso urbano en el valle del Ebro, pero lo que sí parece claro es que esa evolución no se produjo en las zonas más interiores antes de la presencia romana y la arqueología todavía no ha mostrado ningún indicio de que ello ocurriera. Si nos fijamos en la distribución de las cecas celtibéricas identificadas, observamos igualmente que su límite está en Segeda y que más al sur, hacia nuestro territorio, no se conoce ninguna existiendo un gran vacío al respecto (Domínguez Arranz 1979; Burillo 2006: 51).

Una vez producido el contacto entre indígenas y conquistadores, Roma llevó a cabo una inteligente política de vigilante inhibición ante el rumbo y el desarrollo interno de los *oppida* indígenas, que en el caso de la Meseta debían de acabar de iniciar su proceso de crecimiento, interviniendo sólo si era necesario inclinar a las comunidades en una determinada dirección (Bendala *et al.* 1986: 129; Fuentes 1993: 169). Las comunidades indígenas debieron continuar la dinámica, iniciada a fines del siglo III a.C., de aumento de la jerarquización social y consecuente agrupación en estos centros, que continuaron su existencia al menos unas décadas más.

En la revisión realizada sobre el modelo de poblamiento de nuestra zona (Arenas 1999: 192-196) se detecta, a partir del Celtibérico Tardío, una atomización del hábitat materializada en la aparición de un gran número de enclaves de pequeñas dimensiones que parecen articularse en torno a unos pocos centros de mediano e incluso de gran tamaño, uno de los cuales podía ser Los Rodiles. En torno al cambio de era y relacionado con la presencia romana, se abandonaron la mayoría de los antiguos establecimientos en altura y aparecieron nuevos asentamientos en llano indefensos como la villa de la Vega.

Lo mismo ocurre en el territorio contiguo a Molina, como el del pie del Sistema Ibérico, donde se produce un cambio similar en los asentamientos a lo largo de los siglos III y II a.C. (Polo y Villagordo 2004: 164). Los autores que estudiaron esta zona observaron que a lo largo del siglo III a.C. predominaban los poblados ubicados en altura, fortificados y no demasiado grandes, a los que se añadían murallas construidas con grandes bloques, torres y fosos. En el siglo II a.C. se perciben cambios moti-

vados tanto por el paulatino auge de aquellas sociedades como por la presencia de los ejércitos romanos pudiéndose ver, a finales de esa centuria, el abandono de alguno de estos enclaves que se sustituían a veces por nuevos asentamientos en el llano ya sin defensas (Polo y Villagordo 2004: 167-68).

3. El sistema defensivo y la estructura urbana

A pesar de que quedan muchos aspectos por estudiar en el yacimiento, podemos describir ya la estructura general de su entramado defensivo (Fig. 3). La fotografía aérea y la prospección intensiva de todo el cerro, así como los sondeos realizados en distintos puntos de la fortificación, permiten definir un asentamiento rodeado por tres recintos amurallados concéntricos, el más interior y alto de los cuales posee una muralla de compleja estructura. Estos recintos actúan como elemento defensivo a la vez que sujetan los múltiples aterrazamientos y taludes del cerro para hacer habitable su topografía.

Este es uno de los aspectos que nos parece más interesante del yacimiento pues coincidimos con Quesada (2006: 149 y ss) en que para comprender todos los demás aspectos sociales, económicos, ideológicos, etc, de las guerras celtibéricas es necesario abordar también los aspectos militares estrictamente técnicos. Y creemos que para ello hay que prestar atención no sólo al armamento, sino también a las murallas, torres y demás estructuras monumentales que, sin duda, tuvieron como principal motivación el aspecto defensivo.



Figura 4.- Vista aérea de la muralla 1 en el punto que muestra una gran anchura y conserva más de 4 m. de altura. Numerados los elementos constructivos que se mencionan en el texto.

Fijándonos en la figura 3, comenzamos la descripción de las fortificaciones de Los Rodiles desde el recinto más exterior, denominado “Recinto amurallado 3”, que cierra una superficie de 5 Ha. Los tramos visibles permiten identificar una muralla de cajón, de 1,5-2 m. de anchura, que conserva en algunos lugares hiladas de piedra hasta 1,20 m. de altura.

El segundo recinto es el “Recinto amurallado 2” que delimita un espacio de aproximadamente 2,5 Ha. Igualmente parece tratarse de una muralla de cajón de entre 1,5 y 2 m de anchura, cuya altura llega a los 2 m en algunos puntos. En el lado Este, junto a la posible entrada principal del *oppidum*, se conserva una estructura de planta cuadrada adosada a la muralla por la parte externa; únicamente conserva una hilada de grandes piedras bien escuadradas, quizás cimientos, y en el sondeo realizado han aparecido fragmentos de cerámica celtibérica.

Finalmente se llega al “Recinto amurallado 1”, el más interior y en la parte más alta del cerro, que cierra un espacio de aproximadamente 1,5 Ha (Fig. 4), conservando una altura media de unos 2 m y una anchura aproximada también de 2 m. La estructura de esta muralla es más compleja y se complica en el ángulo sureste, donde conserva una altura de 4 m y 11 m de anchura, ya que se ensancha para albergar una torre semicircular que protegería la puerta de entrada a la acrópolis. Podemos considerarla a priori una muralla de cajón si entendemos por tal las que tenían un armazón interno, entre los paramentos interior y exterior, formado por muros o tirantes transversales que creaban compartimentos interiores no visibles colmatados de piedras y tierra y cubiertos por el suelo del adarve o el piso superior (Berrocal y Moret 2007: 26).



Figura 5.- Detalle de la muralla 1, numerados los elementos constructivos mencionados en el texto.

La muralla del primer recinto es, sin duda, el elemento constructivo más importante del poblado y es lo que le confiere entidad pues, además de tener una clara vocación defensiva y de prestigio, articula todo el interior de su espacio. Para ver la estructura interna de esta muralla se realizó una trinchera de 24 m de largo y 4 m de ancho, de forma que quedarán documentadas todas las partes de esta construcción y no sólo los lienzos exterior e interior. Los resultados han sido reveladores al mostrar numerosos elementos estructurales, índices de un estudiado diseño.

Como muestran las figuras 4 y 5, el esquema de la muralla desde el paramento externo al interno se compone de varios elementos: un antemural (1); un relleno de cascote que cimienta la muralla (2); el lienzo o paramento exterior de la muralla (3); el relleno de piedras y tierra de la muralla (4) en el que se ha encontrado un muro intermedio de sustentación (5) y unos tirantes estructurales (6); el lienzo o paramento interior que completa la muralla (7); adosada a este paramento ha aparecido una escalera (8) que permitiría el acceso a la torre y al posible paseo de ronda.

El antemural (1), que se ha excavado hasta la base, tiene de 0,70 m de alto y aproximadamente 1 m de ancho y apoya directamente sobre la roca madre del cerro. Está compuesto por dos hiladas de bloques rectangulares de grandes dimensiones (80/90 x 80/90 ó 60/70 cm.) careados únicamente al exterior. Su misión debía ser doble, por un lado estructural ya que sujeta el relleno de piedras que actúa como cimentación de la muralla y, por otro, defensivo al dificultar el acceso al lienzo principal. Este muro discurre en paralelo a la muralla a una distancia de unos 2 metros, salvo en el frente donde la muralla alcanza su máxima anchura (11 m.) que se acerca a 1 m de distancia (Fig. 5).

Este antemural sujeta un relleno de piedras (2), de entre 1-2 m de anchura y 1 m de altura, que actúa de cimentación del lienzo o paramento exterior principal (3). Este paramento exterior conserva una gran altura y está construido con sillares ciclópeos, algunos con más de 1 m de longitud que le otorgan un aspecto imponente. Esta parte mejor conservada cierra el *oppidum* por su parte más accesible, los flancos Norte y Este, mientras que se halla más deteriorada en los lados Sur y Oeste (Fig. 5).

El lienzo de aparejo ciclópeo discurre en línea recta por el lado Este hasta que gira en la esquina noreste, formando un ángulo abierto de unos 120°;



Figura 6.- Escalera de piedra adosada al lienzo interior de la muralla 1.

a partir de este punto cambia el tipo de aparejo, que pasa a ser más modesto y construido con piedras de peor calidad y de menor tamaño, dando a entender que a los constructores de la muralla les interesaba aparentar una mayor solidez constructiva en los frentes más visibles y accesibles de la loma (Fig. 4).

Tras el paramento ciclópeo hay un relleno de piedras (4) que forma parte de la estructura interna de la muralla donde, además, existe un muro intermedio (5) de aparejo irregular formado por toscas piedras sin trabar, que parece actuar como un muro que soporta la carga del relleno de la muralla que, como recordamos, en esta parte conserva 11 m de anchura.

Otro elemento estructural son unos tirantes (6) que convergen hacia el interior de la muralla dándole consistencia; estos tirantes refuerzan dos zonas clave de la muralla, por un lado la esquina sureste donde la muralla se abre para albergar la torre y, por otro, en la esquina noreste donde el aparejo ciclópeo es sustituido por otro de menores dimensiones. Los del extremo Sur se forman con una única fila de piedras de iguales características a las del paramento ciclópeo y parecen sustentar el cuerpo de la torre, mientras que el tirante localizado en el extremo opuesto tiene la función de atar la fábrica de ambos paramentos y está compuesto por una única fila de losetas de arenisca roja.

Delimitando la muralla por el interior, ha quedado al descubierto el paramento interior (7), que conserva una altura de 4 m, también construido con aparejo ciclópeo pero con bloques de menor tamaño que los del exterior. Adosada a este lienzo se ha descubierto una escalera de piedra que daría acceso a la torre y al paseo de ronda (Fig. 6).

La torre, en la que aún no se ha intervenido en profundidad, parece terminar en curva, de lo que no hay ejemplos conocidos en la comarca de Molina, pero sí en el Bajo Aragón donde encontramos los paralelos más cercanos. En esa región y a partir del siglo III a.C. se generalizó la construcción de torres monumentales curvilíneas, en poblados como San Antonio de Calaceite, La Torre Cremada o La Tallada, donde también existen, delante de la torre, uno o varios antemurales (Melguizo y Moret 2007: 305 y ss.).

Si recordamos los sistemas defensivos del Celtibérico Antiguo, observamos que las murallas son bastante más simples, compuestas por una única línea defendida a veces por un foso y formadas por dos paramentos externos que sostienen un relleno de tierra y piedras que raramente superan los 2 m de anchura. Durante el Celtibérico Pleno se observan modificaciones en algunos casos, pudiendo ser un ejemplo el castro de El Ceremeño, cuya muralla se reforma diseñando un codo en el centro del lienzo y añadiendo dos torres cuadradas interiores en cada uno de los ángulos (Cerdeño y Juez 2002: 45). De este período también es el cercano asentamiento de Peña Moñuz (Olmeda de Cobeta) que se ubica en un espolón rocoso y está cercado por una línea de piedras hincadas, un foso y una muralla que alcanza los 3 m de espesor, con tres torres rectangulares (Arenas 2008: 153).

Pero fue sobre todo durante el Celtibérico Tardío cuando el tamaño de los enclaves y sus fortificaciones aumentaron de tamaño y complejidad, al agrandarse las murallas, añadirse líneas antemurales, ampliarse los fosos; es también cuando las torres y los aparejos se monumentalizan, al igual que las puertas de acceso se hacen más complejas.

En la comarca molinesa son muy pocos los yacimientos de cronología tardía excavados hasta el momento y los datos disponibles provienen de prospecciones superficiales y fotografías aéreas, pero podrían ponerse como ejemplos tardíos La Cava de Fuentelsaz, Guisema en Tortuera o Bronchalejos en Setiles, aunque el yacimiento con una estructura más parecida a Los Rodiles es La Cava de Luzón, poblado de 2,6 Ha rodeado de una línea de muralla de factura muy cuidada, en algunas zonas de aparejo ciclópeo y estructuras turriformes rectangulares adosadas además de tener también un antemural y foso (Iglesias *et al.* 1989: 77 y ss). En las colindantes comarcas del Sistema Ibérico se observa el mismo proceso de complejidad defensiva, con paramentos ciclópeos, que se generaliza a partir del s. II a.C.,

con ejemplos como Carrasalinas y Torregabasa en Ojos Negros (Teruel), San Pedro de Las Cuerlas (Teruel), Valdeaguer en Manchones (Zaragoza) o el Castellar de Berrueco (Zaragoza) (Polo y Villagordo 2004: 160).

Los Rodiles, pues, es uno de los primeros de este tipo de asentamientos que se ha empezado a excavar en extensión y está mostrando una gran complejidad defensiva, llamando la atención el esfuerzo realizado en su parte más accesible y visible, donde la fortificación es más sólida y monumental. En esta zona, en el ángulo Sureste se situaría además la puerta de entrada, por lo que al mismo tiempo que se refuerza su defensa se monumentaliza el aspecto externo. La vista de la muralla ciclópea, que conserva hoy hasta 4 m de altura y 11 de anchura, junto con la gran torre debió de ser impresionante para el visitante, siendo significativo que donde angula hacia el norte el aparejo cambia y se hace mucho más sencillo; del mismo modo, el lienzo interior de la muralla está construido con sillares más pequeños que el exterior.

Estas grandes obras constructivas, aunque no fuera más que por necesidades técnicas, debieron realizarse colectivamente repartiéndose el trabajo entre distintos grupos, quizás de tipo familiar (Berrocal y Moret 2007: 28) sirviendo de vehículo de cohesión grupal; siempre se consideraron reflejo de la consolidación y éxito de la ocupación estable del territorio (Berrocal 2004: 30). Su monumentalidad, en parte ostentosa ya que sobrepasa las necesidades defensivas del momento, sería una exhibición del estatus del asentamiento, a la vez que una demostración de fuerza y trabajo colectivo de la comunidad, según el esquema social observado en gran parte de Europa durante la Edad del Hierro (Arnold 1995: 53; Hill 1995: 50-51).

Otro aspecto tan interesante como la presencia de estos sistemas defensivos complejos y monumentalizados, es el de la nueva organización espacial de estos poblados tardíos. En contraposición a los castros del período Celtibérico Antiguo, normalmente defendidos por una sola línea de muralla y un único y reducido espacio interior, observamos en Los Rodiles que el área habitada fue aumentando, ocupando las terrazas de las laderas y marcando una jerarquización del espacio habitado.

Hasta el momento sólo se han realizado breves sondeos en la acrópolis, llamando así a la parte central y más alta del yacimiento, en la primera y en la segunda terraza de la gran loma, apareciendo en to-

das ellas restos de habitación. Estos sondeos, unidos a la prospección geofísica efectuada en el espacio central, han corroborado la existencia de un urbanismo ortogonal bien estructurado, hasta ahora sólo percibido mínimamente. Los muros de piedra descubiertos, su morfología y dirección perfilan la existencia de construcciones rectangulares o cuadradas adosadas entre sí, que apoyan directamente sobre los afloramientos de roca caliza del cerro, nivelados en algunos puntos para un mejor asiento de las estructuras.

Aún no sabemos si las demás terrazas estarían ocupadas por viviendas o por áreas artesanales o agropecuarias, datos que sería interesante diferenciar ya que la funcionalidad de los espacios ocupados permite saber si el aumento del tamaño del enclave se debe a incremento poblacional o al económico (González Ruibal 2006-2007: 309) ampliando nuestra percepción de los grupos que allí habitaban.

4. Los materiales arqueológicos

En estos primeros trabajos que hemos llevado a cabo, hemos podido identificar estratigráficamente, a partir de las estructuras defensivas y habitacionales, dos momentos sucesivos de ocupación que parecen quedar refrendados por la tipología de los materiales recuperados, mayoritariamente recipientes cerámicos ya que se ha registrado poco metal. Todo ello es interesante porque, como también han señalado otros autores, se dispone para esta época de pocos conjuntos arqueológicos cerrados, que hayan tenido una vida corta, no se hayan reocupado inmediatamente y tengan referencias históricas (Burillo 2001-2002: 233).

En el sondeo realizado en el centro de la acrópolis se encontró una fíbula de tipo La Tène I, con resorte muy deteriorado, puente de sección rectangular que se prolonga en un largo apéndice caudal terminado en un remate compuesto por un cuerpo cilíndrico prolongado en tres discos, que casi roza el puente. Se recuperó en la zona que consideramos calle, delante de las viviendas que creemos corresponden al primer nivel de ocupación identificado. Este modelo de fíbula es muy similar a los encontrados en la cercana necrópolis de La Yunta, especialmente a los de La Tène I que sus excavadores consideraron representativos de la fase Ia, fechada a fines del siglo IV-III a.C. (García Huerta y Antón 1992: 167).

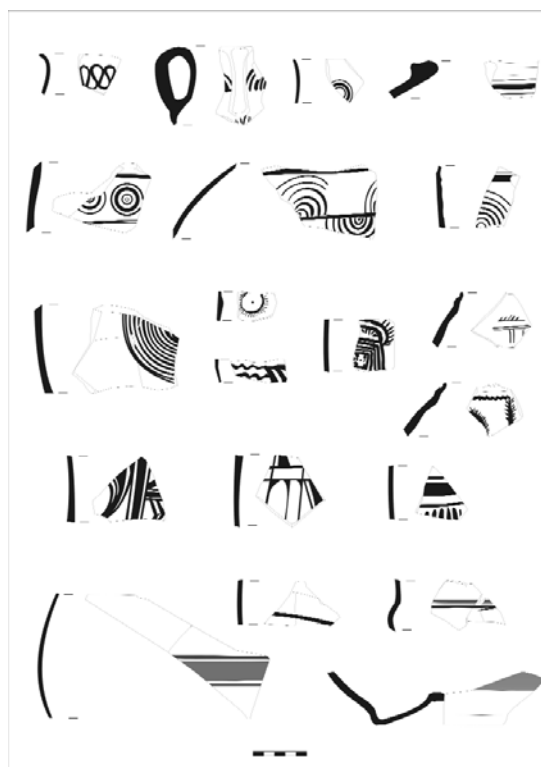


Figura 7.- Materiales cerámicos procedentes del nivel más antiguo identificado.

Pero, sin duda, son los hallazgos cerámicos los elementos más numerosos y significativos. Las formas recurrentes de esta primera fase son básicamente similares a las de la siguiente, aunque ahora la variedad de subtipos es mayor. En general se trata de recipientes con pastas de muy buena calidad de color naranja o beige, muchas veces con ricas decoraciones. En cualquier caso, hemos podido distinguir dos grupos de recipientes bien diferenciados: las cerámicas de almacén y las cerámicas de mesa.

En el primero de los grupos hay que destacar la existencia de algunas formas singulares: 1) Predominan las grandes tinajas sin hombro de cuerpo globular, con muchos de sus bordes de pico de pato, ausentes en la fase siguiente; 2) Tinajas con labio reentrante y molduras en la parte superior para la colocación de tapaderas; 3) Tinajas con el borde engrosado, saliente y unido al cuerpo; 4) Escasos ejemplares de tinajas sin hombro de cuello desarrollado saliente; los pocos fondos de tinaja recuperados son umbilicados o planos con el pie ligeramente marcado; 5) *Kalathos* de paredes rectas con borde plano, algunos ligeramente caídos; también hay algún *kalathos* de pared inclinada (Fig. 7).

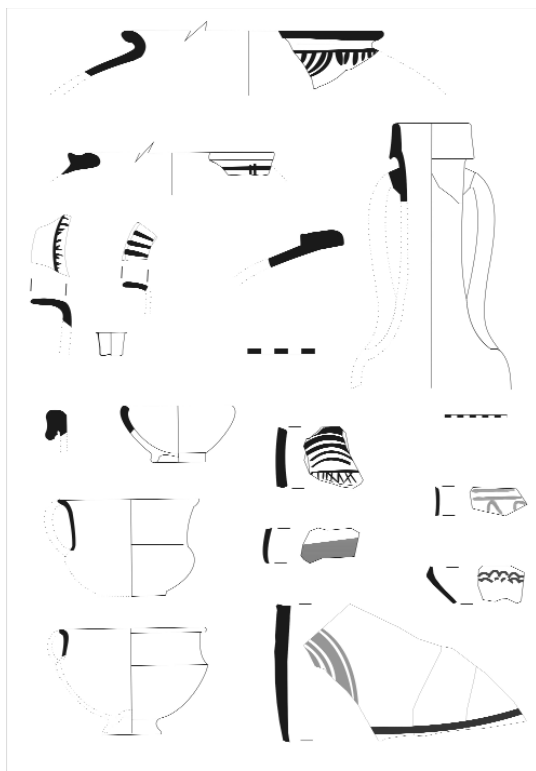


Figura 8.- Materiales cerámicos recuperados en el nivel superior.

En el grupo de vajilla y mesa, se pueden distinguir: 1) Cuencos a torno de pastas beigeas, con borde engrosado al interior; 2) Vasos a mano de pared cónica con borde redondeado y recto y mamelón perforado sobre el borde, de pasta gruesa alterada por el fuego; 3) Vasos crateriformes y caliciformes de pastas anaranjadas y beigeas muy finas, con cuellos alargados ligeramente cóncavos, con o sin decoraciones (Fig. 7). En definitiva, se trata de formas cerámicas típicas representadas en muchos yacimientos del Celtibérico Pleno/Final de toda la zona, siendo uno de los ejemplos más relevantes Segeda I (Burillo 2001-2002: 215, 2007: 224).

Aparte de las formas de los recipientes, el conjunto de decoraciones pintadas conservadas sobre algunos de ellos constituye un hecho diferenciador respecto a la fase posterior y consideramos que son representativas del mundo indígena. Aunque todavía no se ha realizado un estudio completo de estas cerámicas, podemos adelantar que se ha identificado una gran variedad de decoraciones aunque predominan los círculos y semicírculos concéntricos rojos y negros, alternados con bandas rectas y presentando, alguno de los fragmentos, un engobe blanco

muy diluido que da una sensación de policromía.

Junto a la decoración más típica de círculos concéntricos, aparecen otros motivos menos comunes como los meandros simples en color rojo vinoso sobre pequeñas copas o las figuraciones en negro sobre paredes de tendencia recta. La fragmentación de las piezas impide identificar motivos completos, pero destacamos la existencia de palmetas estilizadas, soles e incluso la representación de posibles antropomorfos (Fig. 8). Los motivos florales guardan similitud con los aparecidos en cerámicas de Arcóbriga (Aguilera y Gamboa 1909: lám XXXI), al igual que ocurre con los soles estilizados con pequeños haces, clasificados como decoración geométrica (*Ibidem*).

Por su parte, en el nivel superior se han identificado recipientes casi exclusivamente a torno, de pastas depuradas de color beige y anaranjadas, algunas decoradas con bandas horizontales y semicírculos concéntricos en color negro o rojo, combinando a veces en la misma pieza (Fig. 8). Las formas más características son: 1) Grandes vasijas de perfil globular, tipo tinajas con hombro; las hay de borde saliente y borde reentrante, algunas con ranuras para encajar una tapadera; 2) *Kalathos* de pequeño tamaño, de pastas finas de color rojizo y con decoración; 3) Vasos caliciformes y crateriformes de pastas beige, aparentemente sin decoración; 4) Ánforas tipo Dressel 1, de pastas beigeas. Se han recuperado también algunos fragmentos deteriorados de cerámica campaniense y de imitación.

Aunque los alfares de donde proceden quedan todavía por determinar, las características generales de estos materiales remiten al horizonte de Segeda II o de Bilibis I, fase 3 (Cebolla y Royo 2007: 288-89), hecho lógico ya que el área de influencia de aquellas ciudades se extendía desde cerca de Calatayud hasta nuestro territorio. Todas estas formas parecen indicar un horizonte de mediados del siglo II a.C, cuando ya estaba en marcha el proceso de romanización y en el contexto de las guerras celtibéricas que se desarrollaron entre los años 155 y 133 en los vecinos territorios belos y arévacos.

Debemos recordar que es a partir del siglo II a.C. cuando comienzan a aparecer materiales de importación en el valle del Ebro y reborde oriental de la Meseta y hay que pensar que hubo una relación causa-efecto entre esta llegada y la presencia del ejército romano. La información arqueológica empieza a ser importante a partir de mediados de esa centuria por la cantidad de cerámica recuperada en los

campamentos numantinos (Sanmartí y Principal 1997; Cerdeño *et al.* 1999: 275) y algo en los poblados indígenas donde no se conocen demasiados materiales de este tipo, pudiéndose citar el castro de La Coronilla (Chera), situado a unos 20 km del yacimiento que ahora estudiamos (Cerdeño y García Huerta 1992: 39, 73). Entre las cerámicas descubiertas en el campamento de Renieblas, caben destacar las numerosas formas campaniense A, tazas con asas o las ánforas itálicas que algunas coinciden con formas encontradas en Los Rodiles o en La Coronilla.

Otros hallazgos interesantes son las monedas aunque, como ya hemos dicho líneas atrás, durante nuestros trabajos sólo hemos recuperado dos ejemplares en muy mal estado de conservación durante la prospección de una de las laderas y ello impide identificar la ceca de donde procedían; creemos que buscadores clandestinos han recuperado monedas por las huellas de detectores que encontramos en nuestra primera visita al yacimiento. De momento nada hace pensar que en Los Rodiles se acuñara moneda, por lo que volvemos los ojos hacia la ceca más cercana de Segeda, ya que se ha encontrado numenario procedente de ese lugar en yacimientos de la comarca molinesa como, por ejemplo, en el castro de La Coronilla II (Cerdeño y García Huerta 1992: 75).

Por otra parte, también nos parece interesante destacar la presencia de varios molinos de piedra rotatorios, la mayoría fragmentados, que hemos recuperado caídos por las laderas del *oppidum* sin poder precisar su lugar original. No se ha prestado demasiada atención a estos artefactos destinados a la molienda, aunque últimamente se ha subrayado el interés de su estudio tipológico y de la realización de análisis de los restos de la molienda por la importante información que puede proporcionar desde el punto de vista de la economía doméstica de las gentes que los utilizaron (Checa *et al.* 1999: 63).

5. Estratigrafía y cronología absoluta

Los sondeos realizados en la terraza sur, en el centro de la acrópolis y junto a la muralla Este y los materiales en ellos recuperados han revelado la existencia de al menos dos niveles de ocupación separados por un nivel de carbón y cenizas que interpretamos consecuencia de un incendio, cuya intensidad todavía desconocemos.

En el sondeo de la muralla la sucesión se aprecia con bastante nitidez. Se identifica un primer nivel de ocupación bien representado por la muralla y la escalera adosada a su lienzo interior (Fig. 6), por la que se accedería al cuerpo de torre o al paseo de ronda y cuyo primer peldaño se apoya en un suelo de grandes losas, afectado por el mencionado incendio; los materiales de este nivel son básicamente cerámicas celtibéricas a torno pintadas.

Parece evidente que con posterioridad esta escalera se amortizó para construir una estancia/habitación adosada a la muralla cerrada por un muro que debía ser la fachada, construido con pequeños sillares (Fig. 6, primer término). Para ello se salvó primero el desnivel de la escalera con un relleno de piedras y tierra sobre el que se niveló el nuevo suelo, elevado más de 1 metro sobre la base de la anterior escalera. Este suelo es de tierra apisonada y cal, y sobre él se encontraron cerámicas a torno celtibéricas de tipología tardía, junto a fragmentos de ánforas grecoitálicas y cerámica campaniense, interesantes materiales de importación que se suelen considerar asociados, en el caso de las ánforas, a la presencia de contingentes militares romanos.

Desde el punto de vista estratigráfico queda clara la existencia de estas cenizas y carbones que marcan además la diferencia entre una primera ocupación y la siguiente. Observamos entre ambos niveles el contraste entre ausencia/presencia de elementos netamente romanos, como la cerámica campaniense y las ánforas greco-itálicas, junto a cerámicas celtibéricas de gran calidad y elaboradas decoraciones. Y ello se ve tanto en los espacios junto a la muralla, como en el sondeo de la terraza Sur, donde hay otra zona habitada con viviendas rectangulares.

Aún no podemos precisar con exactitud a qué acontecimiento histórico corresponde este nivel de incendio, pues se conocen por las fuentes literarias varios momentos de destrucciones durante el proceso de la romanización de Celtiberia que se desarrollaron muy cercanos unos de otros en el tiempo, lo que unido a nuestro desconocimiento de cualesquiera otros posibles sucesos hace que se modifiquen con frecuencia las cronologías propuestas para los distintos yacimientos (Burillo 2001-2002: 225).

Si realmente se produjo un incendio en Los Rodiles, podría ponerse en relación con las intervenciones de Graco en torno a 179 a.C. o bien con la campaña de Nobilior contra Segeda durante el 154-153 a.C., ya que los materiales inmediatamente pos-

teriores están bien fechados a mediados del siglo II a.C. Parece claro que la proximidad de nuestro yacimiento a la comarca de Calatayud, donde se ubicaba Segeda y también Bilbilis, debió propiciar la vinculación económica y social con ese territorio y su inclusión en su dinámica histórica, aunque algunos autores adscriben el territorio de Los Rodiles a la órbita de Arcóbriga y no a la de Segeda, quizás porque se ubica en un punto equidistante entre ambos enclaves (Caballero 2003: 32).

Durante estos primeros trabajos no hemos identificado niveles de ocupación posteriores a los que contienen materiales de mediados del siglo II a.C. por lo que pensamos que el hábitat pudo abandonarse tras alguna de las derrotas indígenas de la segunda Guerra Celtibérica y quizás la campaña de Numancia pudo suponer una alteración de todos los presupuestos anteriores.

Para completar la información cronológica que proporcionan los elementos estratificados, se han realizado dos análisis de radiocarbono a partir de muestras de carbón, una recogida junto a la muralla y otra en la posible vivienda de la terraza sur. Las muestras han proporcionado respectivamente una edad convencional de 2280 ± 70 BP (cal. 410-200 a. C.) y de 2230 ± 40 BP (cal. 380-200 a.C., programa OxCal 3.9), con fechas medias que apuntan al inicio del siglo III a.C.

Como puede observarse, las dos dataciones son indistinguibles desde el punto de vista estadístico y pueden considerarse iguales. En el momento actual no podemos considerarlas muy definitivas mientras no se obtengan mayor número de dataciones, se realicen sobre muestras de diferente naturaleza y, sobre todo, tengamos un conocimiento más detallado de la manera en que se formó el registro. En el estudio de los grupos prerromanos meseteños sigue existiendo el problema ya apuntado de la falta de información adicional a la de las fuentes escritas. La necesidad de un buen registro arqueológico es evidente y en él podríamos incluir las dataciones radiométricas que aportan un marco cronológico absoluto para delimitar los acontecimientos estudiados.

6. La información histórica

El interés que tienen los yacimientos celtibéricos de estas épocas tardías es que formaron parte de un panorama cultural en el que ya tenían protagonismo pueblos históricos que en ocasiones dejaron refe-

rencias escritas sobre los acontecimientos en que ambos participaron.

Los textos greco-romanos han servido durante siglos a la historiografía moderna para reconstruir, a veces de forma reiterativa, la historia de los grupos indígenas peninsulares tanto desde el punto de vista de los conflictos militares, como también del social, económico o político. Sin embargo, los textos escritos desde el lado de los conquistadores inevitablemente están sesgados y contienen descripciones que a veces pueden exagerar o modificar la realidad indígena, como bien han ido poniendo de manifiesto los estudiosos desde hace muchos años (entre otros García Moreno 1989: 17; Gómez Fraile 1999: 505). La propia naturaleza de dichos textos hace especialmente interesante y necesaria su contrastación con datos arqueológicos siempre que sea posible, pues ello permitirá una aproximación más exacta a los hechos que se intenta reconstruir. Aunque algo se ha mejorado en los últimos años, sigue habiendo un déficit de buena información arqueológica en el caso de la Meseta, hecho ya observado por algunos autores hace más de dos décadas cuando subrayaban la escasez de excavaciones para analizar correctamente los posibles cambios sufridos por el urbanismo prerromano de estas zonas interiores ante la conquista (Bendala *et al.* 1987: 125).

La conquista y pacificación de los territorios meseteños por parte de los romanos se llevó a cabo a lo largo de muchos años ya que sus habitantes ofrecieron resistencia desde el principio, convirtiéndose en protagonistas de la oposición hispana a Roma, la cual tuvo que dedicarles especial atención militar y política. Los enfrentamientos, conocidos como Guerras Celtibéricas, se sucedieron durante más de cincuenta años aunque los sucesivos episodios tuvieron diferente importancia e intensidad. Pero antes del contacto directo entre romanos y celtíberos, éstos ya aparecen mencionados en las fuentes como aliados de los cartagineses en la segunda Guerra Púnica y no con un carácter de *deditio*, sino en términos de igualdad (García Castro 1999: 512, a partir de Floro).

Ya en el propio territorio de Celtiberia, la primera campaña romana fue la que dirigió Catón en 195 a. C. en respuesta al uso de mercenarios celtíberos por parte de los turdetanos en su revuelta contra Roma, episodio bien descrito por Tito Livio (*Ad urbe condita*, XXXIV, 19): “*El cónsul, en vista de que no era capaz de atraer al enemigo a una batalla, primeramente llevó algunas cohortes ligeras a saquear los*

campos de una comarca aún intacta y después, enterado de que todos los bagajes y el equipamiento de los celtíberos había quedado en Segontia, dirigió allí su marcha para atacarla. Como no hubo forma de ponerlos en movimiento abonó la soldada tanto a sus hombres como a los del pretor”. También podemos recordar a Aulo Gelio (*N.A.* 16, 1, 3) cuando describe la campaña celtibérica de Catón, a quien sitúa frente a Numancia pronunciando un discurso “*apud equites*” (Salinas de Frías 1986: 10), aunque algunos autores dudan de que esta alusión al paso de Catón por Numancia refleje un hecho real (Capalvo 1996: 140; Jimeno et al. 2002).

En zonas cercanas a la comarca de Molina también existe información al respecto, pues Schulten, al estudiar estos episodios históricos, relacionó el campamento romano republicano de La Cerca, situado en Aguilar de Anguita y asentado sobre un anterior poblado celtibero, con el asedio de Segontia por parte de Catón, aunque ello es poco probable al ser grande la distancia que separa Sigüenza de este campamento, más de 20 km, lo que le convertiría en poco operativo para el mencionado asedio (Sánchez-Lafuente 1979: 80).

La citada alusión de Tito Livio sobre el envío de cohortes ligeras para saquear los campos de los celtíberos y así forzar su defección de los turdetanos, pudo implicar la destrucción o asalto de algunos poblados de las comarcas que ahora estudiamos, aunque este último extremo no se explicita en el texto. En cambio sí han llegado noticias concretas, a través de Apiano (Iberia, 41), Polieno (8, 17), Frontino (1, 1, 1), Plutarco (Cat. 10) y Polibio (XIX, 1), de la destrucción de las murallas de los poblados ibéricos al norte del Ebro por orden de Catón (Caballero 2003: 81).



Figura 9.- Itinerario seguido por Graco en Celtiberia, según Domínguez Monedero 2005. Señalizada la ubicación de Los Rodiles.

También hay noticias de destrucción de poblados tras la toma de Contrebia durante la expedición contra la Celtiberia dirigida por Quinto Fulvio Flaco en el año 181 a.C.: “*Los que, tras la huida, se dirigían dispersos a sus casas contaron la rendición de Contrebia y su propia derrota a una columna de celtíberos que venía e hicieron que diera la vuelta. Inmediatamente se disgregaron todos en dirección a sus aldeas y poblados fortificados. Flaco partió de Contrebia y llevó a sus legiones a una expedición de saqueo por la Celtiberia tomando al asalto gran número de poblados fortificados (castella) hasta que se sometió la mayor parte de los celtíberos*” (Livio XL 33, 8 y 9). Algunos autores creen que la ciudad atacada por Flaco fue Contrebia Carbica, situada en Fosos de Bayona, en la provincia de Cuenca y que, por tanto, la expedición de saqueo antes referida se desarrollaría en la Celtiberia Meridional, en las actuales provincias de Cuenca y Guadalajara, mostrando lo disperso del hábitat prerromano en la zona (Gozalbes 1999: 14-15).

Tuvo especial incidencia la campaña dirigida por Tiberio Sempronio Graco en 179 a. C. pues implicó, entre otras acciones militares, la rendición de Ercávica (Rubio 2004: 217; Lorrio 2001: 127-133), según narra Livio (XL, 50, 1): “*La célebre y poderosa ciudad de Ercávica, amedrentada por los desastres sufridos por otros pueblos del contorno, abrió sus puertas a los romanos*”. La ruta que posteriormente se supone siguió Graco para dirigirse hacia el norte de Celtiberia (Domínguez Monedero 2005: 288) atravesó territorios de la actual Guadalajara por zonas que debían estar muy próximas a Los Rodiles si tenemos en cuenta que la llanura de Tortuela-La Yunta es una buena vía de paso hacia el valle del Jalón (Fig. 9).

Existen varias noticias de destrucciones de otros poblados durante la campaña de Tiberio Sempronio Graco y de nuevo es Tito Livio (XL, 49, 1) quien señala que tras un primer enfrentamiento en Alce: “*...Graco marchó al frente de las legiones a devastar Celtiberia. Y como en todas partes se lo llevaba todo por delante y los pueblos aceptaban el yugo unos de buen grado y otros por miedo, en cosa de unos pocos días recibió la sumisión de ciento tres plazas y se hizo con un enorme botín*”. También se refiere a este hecho Estrabón (Geografía III, 4, 13), dando algunos detalles sobre la entidad de los hábitats indígenas: “*...cuando Polibio afirma que Tiberio Graco destruyó trescientas de sus ciudades, Posidonio se burla y afirma que con ello dicho indivi-*

duo pretendía congraciarse con Graco, llamando ciudades a las torres fortificadas, como en los desfilés triunfales. Y quizás no es increíble esta afirmación: en efecto, los generales y los historiadores se dejan arrastrar con facilidad a esta clase de mentiras, embelleciendo los hechos. De la misma manera los que afirman que las ciudades de los iberos son más de mil, me parece que llegan a esta cantidad calificando como ciudades las aldeas grandes". En cualquier caso, Orosio se refiere así a estos episodios (Historias IV, 20, 32): "*En la Ulterior, Tiberio Sempronio Graco consiguió la rendición de ciento cinco fortalezas vacías y abatidas por las guerras*".

Aunque se ha prestado poca atención específica a los yacimientos de Guadalajara, cabe pensar que determinadas evidencias arqueológicas pueden corresponder a los episodios citados y, por ejemplo, se ha atribuido a la expedición de Graco la destrucción identificada en el castro de El Palomar II (Aragoncillo) y otros elementos como una punta de ballesta hallada en la muralla o balas de catapulta localizadas en la calle y en el interior de alguna vivienda, evidentes elementos de artillería romana republicana (Arenas 1999: 187). Habrá que determinar si también Los Rodiles estuvo implicado en ellos. Al igual que observamos falta de alusiones concretas en las fuentes escritas a los territorios y a los grupos étnicos del área que estudiamos, también vemos que se caracterizan por la ausencia en el registro arqueológico de elementos de romanización de primer orden, si excluimos los enclaves de Arcóbriga (Monreal de Ariza), Cortona (Medinaceli), Segontia (Sigüenza) o Lutiaca (Luzaga).

Según algunos autores, no hay fundamentos para adscribir nuestra zona del Alto Tajo y Alto Jalón a etnia alguna, más allá del criterio de proximidad geográfica y se las suele adscribir al grupo celtibérico sin nombre de etnia precisa (Burillo 1999: 199). En esta misma línea, observamos el problema que plantea a algunos autores la adscripción a una etnia determinada de algunas cecas celtibéricas, especialmente las situadas al sur de los Belos a las que identifican con los "celtíberos indeterminados" (Gozalbes 1999: 399).

Sin embargo otros autores como Capalvo (1996), cuando interpreta las cuatro partes de la Celtiberia a partir de Estrabón, considera que en tiempos de Augusto el territorio celtibérico en el que se incluiría nuestro yacimiento se encontraba dividido en dos etnias: la parte más meridional, identificada posteriormente con la Carpetania, estaría ocupada por los

Cratistos y el resto del territorio, desde Numancia al Alto Tajo, pertenecería a los Uracos, bien diferenciados éstos de los arévacos. Sin querer hacer ahora un análisis en profundidad de la distribución y fronteras de las etnias prerromanas, pensamos que llama la atención esta consideración de "territorio vacío" y creemos que sería conveniente romper con el inevitable concepto de fronteras territoriales actuales, añadido a la falta de información textual específica, que deja a muchas zonas desvinculadas de sus realidades históricas colindantes.

7. El contexto histórico y arqueológico de Los Rodiles

Los trabajos arqueológicos en el *oppidum* de Los Rodiles no han hecho más que comenzar y por ello creemos que no pueden elaborarse todavía conclusiones definitivas sobre su desarrollo y posterior abandono, debiendo considerarse provisionales todas las consideraciones que ahora podamos hacer.

A partir de los primeros datos recabados en el yacimiento, podemos afirmar que se trata de un hábitat celtibérico tardío que había adquirido una importancia singular como centro regional, debido al control sobre las tierras fértiles de la gran llanura en cuyo borde se asienta y sobre la importante vía de comunicación que esta misma vega constituye, al conectar directamente las tierras meseteñas con las del valle del Jalón.

Su privilegiada posición favorecería el aumento y concentración de la población del entorno inmediato y haría necesaria tanto su defensa como la ostentación de ese mismo poder, necesidad que se traduciría en la construcción del imponente recinto fortificado y su ampliación paulatina. Todo este proceso cultural parece que estaba ya vigente antes de la presencia romana en esos territorios y parece entendible que, ante ella, dichas defensas se reforzaran y adquirieran mayor protagonismo. Estas grandes obras de fortificación habrían sido realizadas por una comunidad que seguramente fundó un asentamiento *ex novo* a fines del siglo IV o comienzos del III a.C. y que sintió la necesidad de defenderse, en un principio de otras comunidades vecinas y más tarde de los conquistadores romanos.

A finales de la Edad del Hierro, tanto en la comarca molinesa como en el resto de la Meseta debió generarse un clima de cierta tensión entre comunidades, provocado por el aumento demográfico

y los recursos disponibles y quizás como consecuencia se produjeron cambios en los sistemas defensivos de casi todos los asentamientos: aumentaron las dimensiones de las murallas, los aparejos fueron más cuidados, se diversificaron las soluciones defensivas y se observa una acusada tendencia a la monumentalización de las estructuras, evidenciando su papel disuasorio y de ostentación.

Las primeras incursiones romanas en el ámbito celtibérico se produjeron a principios del siglo II a. C. y, como hemos recordado, las fuentes hablan de que tanto Catón como sus sucesores destruyeron ciudades y pueblos que, obviamente, estarían en pleno desarrollo entonces. Igualmente se sabe que a partir del tratado de Graco en 179 a.C. hubo expresa prohibición de levantar nuevos asentamientos y mucho menos construir murallas.

Por ello, creemos que Los Rodiles puede ser un ejemplo representativo del proceso cultural que seguían estos centros rurales indígenas y de cómo reaccionaron ante las primeras incursiones romanas, ya que la cronología obtenida a través del registro arqueológico y las dataciones radiocarbónicas indica una primera fase de asentamiento, sin descartar la posibilidad de otras anteriores, a principios del siglo III a.C. Todo hace pensar que este *oppidum* fue uno de los núcleos que se vieron afectados por las campañas militares de la segunda Guerra Celtibérica y que el nivel de cenizas identificado podría estar relacionado con una de esas actuaciones bélicas.

Tal como relatan las fuentes y se puede percibir en contextos arqueológicos como el que ahora estudiamos, algunos de los ataques realizados por las tropas romanas no debieron ser de gran intensidad puesto que los enclaves afectados continuaron su

vida sin interrupción durante un tiempo después. Es el caso de Los Rodiles donde, tras el supuesto incendio, se reconstruyeron y modificaron algunas estructuras, encontrándose en las nuevas algunas ánforas greco-itálicas y fragmentos de cerámica campaniense, fechables hacia la mitad del siglo II a.C.

En la fase actual de nuestras investigaciones es prematuro aventurar el momento de abandono del yacimiento, pero de momento no se han recuperado materiales del siglo I a.C. y por ello volvemos a centrar la atención en el vecino horizonte de Segeda y a los conflictos allí acaecidos durante las Guerras Celtibéricas puesto que no serían ajenos a la zona donde se ubican Los Rodiles.

Las estructuras de piedra visibles, pero aún sin excavar, situadas fuera de los recintos amurallados y en la zona más baja de la loma ya junto a la vega, podrían responder a una salida progresiva de la población y a su asentamiento en lugares más abiertos, de la misma manera que los restos de la villa localizada a los pies del *oppidum* parecen indicar una continuación en el poblamiento de este lugar aunque con fórmulas habitacionales y seguramente económicas y sociales ya diferentes.

El gran interés que muestra el estudio preliminar de los materiales recuperados en Los Rodiles, de las importantes estructuras defensivas y habitacionales y el análisis de las fuentes escritas de la época hacen que se confirme su acertada elección como centro de un proyecto de investigación que tiene como objetivo documentar las últimas etapas de los celtíberos meseteños como unidad cultural independiente, tanto desde el punto de vista arqueológico como textual.

NOTA

1. Los trabajos de orientación y georreferenciación del yacimiento se han realizado dentro del Proyecto ESP2006-28465-E del Ministerio de Educación y Ciencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABASCAL, J.M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica: centros de producción, comercio y tipología*. Universidad de Alicante.
- AGUILERA Y GAMBOA, E. (1909): *El alto Jalón. Descubrimientos arqueológicos*. Madrid.
- ARENAS, J. (1993): El poblamiento de la segunda Edad del Hierro en la depresión de Tortuela-LaYunta (Guadalajara). *Complutum*, 4: 279-296.
- ARENAS, J. (1999): *La Edad de Hierro en el Sistema Ibérico Central*. British Archaeological Reports, International Series S780, Oxford.
- ARNOLD, B. (1995): The significance of major settlements European Iron Age society. *Celtic chiefdom, Celtic state* (B. Arnold y D. Blair Gibson, eds.), Cambridge University Press: 43-52.
- BAQUEDANO, E.; CONTRERAS, M.; MÄRTENS, G.; RUIZ ZAPATERO, G. (2007): El oppidum carpetano de “El Llano de la Horca” (Santorcaz, Madrid). *Zona Arqueológica*, 9: 377-396.
- BENDALA, M.; FERNANDEZ-OCHOA, C.; FUENTES, A.; ABAD, L. (1987): Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista. *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Ministerio de Cultura-Casa de Velázquez, Madrid: 121-140.
- BERROCAL, L. (2004): La defensa de la comunidad: sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica. *Gladius*, XXIV: 27-98.
- BERROCAL-RANGEL, L.; MORET, P. (2007): Las fortificaciones protohistóricas de la Hispania céltica. Cuestiones a debate. *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto* (L. Berrocal y P. Moret, eds.), Biblioteca Arqueológica Hispana 28, Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez, Madrid: 15-33.
- BURILLO, F. (2001-2002): Indicadores cronológicos para la datación del nivel de destrucción de Segeda I. *Kalathos*, 20-21: 215-238.
- BURILLO, F. (2006): Oppida y ciudades-estado del norte de Hispania con anterioridad al 153 a.C. *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 53 a.C.)* (F. Burillo, ed.), Estudios Celtibéricos 2, Zaragoza: 35-70.
- BURILLO, F. (2007): *Los celtíberos. Etnias y Estados*. Crítica, Madrid (2º ed).
- CABALLERO, C. (2003): *La ciudad y la romanización de Celtiberia*. Institución Fernando El Católico, Zaragoza.
- CAPALVO, A. (1996): *Celtiberia*. Instituto Fernando El Católico, Zaragoza.
- CERDEÑO, M^aL.; GARCÍA HUERTA, R. (1992): *El castro de La Coronilla (Chera, Guadalajara). Campañas 1980-1986*. Excavaciones Arqueológicas en España 163, Madrid.
- CERDEÑO, M^aL.; SAGARDOY, T. (2007): *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*. Estudios Celtibéricos 4, Zaragoza.
- CHECA, A.; JIMENO, A.; TRESERRAS, J.; BENITO, J.P.; SANZ, A. (1999): Molienda y economía doméstica en Numancia. *IV Symposium sobre Celtíberos. Economía*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 63-68.
- CHORDÁ, M. (2007): La romanización en la zona del Alto Tajo. *Caesaraugusta*, 78: 417-424. (XXXIII Congreso Nacional de Arqueología Zaragoza, 2001.)
- DOMÍNGUEZ ARRANZ, A. (1979): *Las cecas ibéricas del valle del Ebro*. Institución Fernando El Católico, Zaragoza.
- DOMÍNGUEZ ARRANZ, A. (2005): La moneda: imagen pública de los celtíberos. *Celtíberos. Tras la estela de Numancia* (A. Jimeno, I. de la Torre y A. Chaín, coords.), Catálogo de la Exposición, Diputación Provincial de Soria, Soria: 387-394.
- DOMINGUEZ MONEDERO, A.J. (2005): Organización urbana e incidencia romana. *Celtíberos. Tras la estela de Numancia* (A. Jimeno, I. de la Torre y A. Chaín, coords.), Catálogo de la Exposición, Diputación Provincial de Soria, Soria: 285-292.
- FICHTL, S. (2000): *La ville celtique. Les oppida de 150 av. J-C à 15 apr. J-C*. Errance, Paris.
- GARCÍA HUERTA, R. (1989): Castros inéditos de la Edad del Hierro en las parameras de Molina de Aragón. *Wad-Al-Hayara*, 16: 7-30.
- GARCÍA RIAZA, E. (2006): La expansión romana en Celtiberia. *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153 a.C.)* (F. Burillo, ed.), Estudios Celtibéricos 2, Zaragoza: 81-94.
- GARCÍA MORENO, L. (1989): La Hispania anterior a nuestra era: verdad, ficción y prejuicios en la Historiografía Antigua y Moderna. *VII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid: 17-43.
- GÓMEZ FRAILE, J.M. (1999): Mercenariado y bandolerismo en Celtiberia. Dos cuestiones desenfocadas. *VI Symposium sobre Celtíberos. Economía*, Zaragoza: 503-509.
- GONZALEZ ROMÁN, C. (1999): El trabajo en la agricultura de la Hispania romana. *El trabajo en la Hispania romana*, (J.F. Rodríguez Neila, C. Gonzalez Román, J. Mangas y A. Orejas), Silex, Granada: 119-206.
- GONZALEZ RUIBAL, A. (2006-2007): *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a. C.-50 d. C.)*. Brigantium 18 y 19, A Coruña.

- GOZALBES, E. (1999): Algunos datos sobre el poblamiento indígena en la Celtiberia Meridional (S. III-I a de C.). *Wad-Al-Hayara*, 26: 5-16.
- HEREDIA, F.J.; MARCO, J.A.; SANZ, C. (2002): *Cubillejo de la Sierra. Historia, Arte, Sociedad*. Aache, Tierra de Gualajara 38, Guadalajara.
- HILL, J.D. (1995): How should we understand Iron Age societies and hillforts? A contextual study from southern Britain. *Differents Iron Ages. Studies on the Iron Age in Britain and Ireland: Recent Trends* (J.D. Hill y C.G. Cumberpatch, eds.), Sheffield, Colliers Publications: 45-66.
- IGLESIAS, E.; ARENAS, J.; CUADRADO, M.A. (1989): La ciudad fortificada de La Cava (Luzón, Guadalajara). *Wad-Al-Hayara*, 16: 75-100.
- JIMENO, A.; REVILLA, M.L.; DE LA TORRE, J.I.; BERZOSA, R.; MARTÍNEZ, J.P. (2002): *Numancia. Guía del yacimiento*. Junta de Castilla y León-Asociación de Amigos del Museo Numantino, Soria.
- JIMENO, A. (2005): Ciudad y territorio. *Celtiberos. Tras la estela de Numancia* (A. Jimeno, I. de la Torre y A. Chaín, coords.), Catálogo de la Exposición, Diputación Provincial de Soria, Soria: 119-127.
- KAUSZ, S. (2007): Les remparts celtiques du Centre de la France. *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto* (L. Berrocal y P. Moret, eds.), Biblioteca Prehistorica Hispana 38, Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez, Madrid: 135-148.
- LORRIO, A.J. (2001): *Ercávica. La Muralla y la topografía de la ciudad*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C. (1984): Nociones epistemológicas y arqueología prehistórica. *I Jornadas de Metodología de Investigación Prehistórica*, Soria: 35-64.
- MELGUIZO, S.; MORET, P. (2007): Las fortificaciones del Bajo Aragón entre los siglos III y I a. C. Un estilo regional. *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro*, (L. Berrocal y P. Moret, eds.), Real Academia de la Historia-Casa de Velázquez, Madrid: 306-324.
- MORET, P.; CHAPA, T. (eds.) (2004): *Torres, atalayas y casas fortificadas. Explotación y control del territorio en Hispania (s. III a. C.- s. I d. C.)*. Universidad de Jaén-Casa de Velázquez, Jaén.
- ORTEGA, J. (1999): Al margen de la "identidad cultural": Historia social y económica de las comunidades campesinas celtibéricas. *VI Symposium sobre Celtiberos. Economía*, Zaragoza: 417-452.
- POLO LÓPEZ, J. (1995-96): Complutum: de la República a los Flavios. Una lectura arqueológica de la evolución y transformación del poblamiento en el territorium complutense. *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 10: 37-47.
- POLO, C.; VILLAGORDO, C. (2004): Del poblado fortificado al asentamiento en llano: la evolución de los asentamientos rurales en el Sistema Ibérico Central (s. III a. c.-I d. C.). *Torres, atalayas y casas fortificadas. Explotación y control del territorio en Hispania (s. III a. C.-I d. C.)* (P. Moret y T. Chapa, eds.), Universidad de Jaén-Casa de Velázquez, Jaén: 157-174.
- QUESADA, F. (2006): La Celtiberia y la guerra: tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153. *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 53 a.C.)* (F. Burillo, ed.), Estudios Celtibéricos 2, Zaragoza: 149-167.
- RUBIO, R. (2004): La ciudad romana de Ercávica. *Intervenciones Arqueológicas en Castilla-La Mancha, 1996-2002*, Patrimonio Histórico, Arqueología, Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo: 215-228.
- RUIZ, A. (1987): Ciudad y territorio en el doblamiento del Alto Guadalquivir. *Los asentamientos ibéricos ante la romanización* (Reunión Casa de Velázquez, Febrero 1986), Ministerio de Cultura-Casa de Velázquez, Madrid: 9-19.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1986): *Conquista y romanización de Celtiberia*. Salamanca.
- SÁNCHEZ-LAFUENTE, J. (1979): Aportaciones al estudio del campamento romano de La Cerca (Aguilar de Anguita). *Wad-Al-Hayara*, 6: 77-82.
- SANMARTÍ, E.; PRINCIPAL, J. (1997): Las cerámicas de importación itálicas e ibéricas procedentes de los campamentos numantinos. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7: 35-76.
- SOPENA, G. (1995): *Ética y Ritual: aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Instituto Fernando El Católico, Zaragoza.
- VALIENTE, J.; VELASCO, M. (1988): Yacimiento de tipo Riosalido. Ermita de la Vega, Cubillejo de la Sierra, Guadalajara. *Wad-Al-Hayara*, 15: 95-121.
- WATTEMBERG, F. 1963: *Las cerámicas indígenas de Numancia*. Biliotheca Praehistorica Hispana IV, Madrid.
- WOLF, G. (1993): Rethinking the oppida. *Oxford Journal Archaeology*, 12 (2): 223-234.

